



De la colaboración particular de  
EL ECO DE LA MONTAÑA.

CHOCHECES

(CRÍTICA MENUDA.)

II.

Todo cuanto se diga en contra de los escritores que infestan el mercado literario con sus producciones híbridas, es poco.

Para desgracia de la juventud estudiosa; de esa juventud que nace á la vida literaria con bríos y deseos de hacerse una reputación mañana, nuestras librerías la ofrecen cien libros malos por cada dos ó tres de buenos; y como no está ella todavía en disposición ni altura convenientes para separar lo inútil de lo que debe reportarle provecho, se satura de esta literatura cursi y pedestre que tanto abunda.

Lo que sucede es un efecto natural, nacido de lo que expuse en mi artículo anterior.

Hay que desengañarse: para ser escritor se necesitan indispensablemente dos condiciones: 1.º Saber expresar con claridad y buen lenguaje las ideas: 2.º Tener ideas propias que expresar. Si falta alguna de estas cualidades no puede haber escritor ni cosa que lo parezca.

Si el que escribe un libro sabe expresar bien las ideas, pero no las tiene, por precisión dicha obra ha de ser un plagio; y si tiene ideas, pero no sabe expresarlas con propiedad, el libro resultará algo así como una joya perdida en un lodazal y pisoteada por los transeuntes, que, aunque tenga un estimable valor, no lo parece.

Desde luego, no creo aventurado afirmar que son contadísimos los buenos escritores. Examinemos la infinidad de libros, que cada año se dan á la estampa y no podremos menos que convencernos de la verdad de cuanto voy diciendo.

Ni lenguaje ni ideas propias campean hoy en los libros que se publican como nuevos, sin ser otra cosa que imitaciones y rapsodias de obras de determinados autores.

Si nos fijamos en la poesía lírica, son muy contados los poetas que pueden llamarse tales en nuestra patria: Campoamor, Nuñez de Arce, Manuel del Palacio... y muy pocos más, y sin embargo, todas las librerías se hallan repletas de

obras poéticas de distintos autores, que ni á *medios poetas* llegau, como dijo *Clarín* de D. Manuel del Palacio.

La poesía de nuestros días, no es ni puede ser la misma del tiempo romántico, sino que debe de ahondar en los sentimientos del espíritu; debe de ser más humana, si así puedo decirlo.

Los poetas jóvenes han de convencerse que no basta titularse discípulos de tal ó cual maestro para poderle imitar cuando no plagiarle impunemente.

Es más: deben entender que:

« Aquello del aura pura  
y el murmullo de la fuente;  
lo terso de la corriente  
y el rumor de la espesura »,....

hoy no tiene aceptación, como lo prueba lo poco que se leen las poesías cursis por las personas formales.

La poesía, tal como la entienden ciertos poetillos, es una planta frondosa, pero que no produce frutos, y hoy las tales plantas no tienen admiradores, pues estamos todos por el fruto y no por las apariencias.

Pase como entretenimiento y solaz de los jóvenes de fantasía y aún para quedarse inédita ó solo para llenar la «Sección amena» de los periódicos; pero nunca para formar tomos.

Todo en el mundo pasa; y hoy los libros de puro entretenimiento tan apreciados y buscados cuarenta años hace, apenas si encuentran otros lectores que los jóvenes de 15 años. Hoy los libros para tener aceptación han de encerrar problemas de interés social ó moral; no siendo así, se les considera como papeles viejos é inútiles. Y si bien estudiamos esta cuestión, echaremos de ver que es una secuela natural del adelanto progresivo de la humanidad, que hace que no nos preocupe nada más que lo que puede afectarnos.

La poesía lírica, llena de ripios, de efectos relumbrantes y de alardes fantaseadores, no tiene razón de ser; y tal vez por este motivo, podríamos dar con el por que de la abundancia de poetas en *do menor*.

Gran parte de culpa en lo que deploro tienen los certámenes literarios, donde se ofrecen premios á las mejores poesías.

¿No fuera mejor que el fósforo que gastan los

escritores y escribidores, (que de ambas clases acuden á los certámenes) lo aplicasen á escribir obras de utilidad?

Porque esta es la verdad: los certámenes literarios tal y como se verifican, no tienen razón de ser. Examinemos cualquiera de los tomos publicados, y después de haberlo ojeado, se nos vendrá á pesar nuestro esta frase á los labios: «Bien, ¿y qué?»

¿Qué provecho reporta á la Comarca, donde se celebran, que en diversidad de metros y en buena poesía, (si así se quiere,) se canten los sentimientos del corazón?

Todos cuantos vivimos en la última decena de este siglo, tenemos por cosa baladí y sin importancia, todo cuanto se publica en renglones cortos; ya que con ello no se resuelve ni se intenta resolver ninguno de los problemas que nos preocupan.

Ante lo tenebroso de nuestro porvenir económico y social, es ser muy atrevido ponerse á cantar los sentimientos del corazón, por más que se haga en versos pulcramente limados y tan sonoros como los ecos del clarín que antiguamente llamaba á los paladines al torneo.

¿Es serio, ni aguantable tan siquiera, que cuando todos nos preocupamos de subvenir á las necesidades materiales, (cosa bastante difícil hoy por hoy,) unos cuantos soñadores improvisen fiestas literarias para deleite del espíritu?

Si el pueblo está hambriento ¿cómo ha de solazarse en las luchas platónicas de la inteligencia, que así apellidan á los certámenes sus adoradores?

En buena hora que los celebre un pueblo que ande desahogado; pero celebrarlos un pueblo famélico, resulta irrisorio.

Si en vez de premiarse en ellos, odas, madrigales, romances, idilios y sonetos, se premiaran memorias agrícolas, fabriles, comerciales y económicas, las tales fiestas serían concurridísimas, toda vez que estos asuntos son los que hoy, y con razón, nos preocupan.

Dejémonos de vaciedades y ocupémonos en cosas útiles que es lo que más nos interesa.

Culpa de todo esto la tiene la educación que recibimos y nuestra idiosincrasia las que nos hacen mirar con desdén las cosas serias para fijarnos en frivolidades y tonterías.